

José meneó tristemente la cabeza y contestó:

— Tan mala, que solo un ángel del cielo podría obtener su curación, que todos los médicos mirarian como un verdadero milagro. ¡Ah! no es el cuerpo el que está más malo... es el alma.

— ¡Pobre niña! suspiró la condesa, ¡y tan joven!

— Ya veis bien que madama Lamouroux no ha muerto enteramente, exclamó alegremente José, y que mi remedio empieza á obrar. Sí, Elena; yo no sé; pero siento cierta voz que me dice que esa niña y vos estais destinadas á sosteneros la una por la otra. Es el sosten que la Providencia os envía en el momento mismo en que blasfemais de ella. Y la prueba de que no ve con ira vuestra resolución de justa venganza, es, que para dulcificar esta tarea amarga para un corazón como el vuestro, os envía esa niña para que la ameis.

Vos me deciais el otro día, en medio de las angustias de vuestro duelo: « ¡Mi hija, mi pobre hija ha muerto! » y yo os respondía: « ¿Quién sabe? »

Un corazón tan grandemente maternal como el vuestro, Elena, halla la fuerza suficiente para hacerse ilusiones que valen casi tanto como la realidad. La Pippione tiene la misma edad que vuestra hija; es pura como un serafín, hermosa como un ángel, está abandonada como vuestra Blanca, si es que existe todavía; y basta solamente que tenga el nombre de Blanca para que ameis á la Pippione.

La condesa de Monte-Cristo miró fijamente cara á cara á José, con sus ojos claros y penetrantes, como si hubiese querido sondear lo que pasaba en el fondo de su alma, y explicarse el sentido y la intención misteriosa que encerraban sus palabras.

— Teneis razón, José, dijo al fin: haré la prueba.

TERCERA PARTE

La Redentora.

I

RUINA DE CASA Y RUINA DE HOMBRE.

Razón es ya que volvamos á hablar de otros personajes de esta historia de los que no nos hemos ocupado hace largo tiempo.

Desde la fuga de su mujer y el abandono de Nini Moustache, el mal que minaba el corazón del conde Loredano de Puyssie hacia mucho tiempo, había hecho rápidos progresos.

Ya no le quedaba, para animarle y sostenerle, más que el afecto doloroso y caro al mismo tiempo de Cipriana, y la amistad ilusoria ó falsa del coronel Fritz.

Esta amistad tenía todas las apariencias cautelosas de una complicidad.

Pero llega un día en que, por muy unidos que entre sí estén los cómplices, se introduce el odio entre ellos; y un observador atento hubiese podido conocer que ese odio sordo reinaba ya entre el coronel y Loredano.

El origen de su amistad había tenido por base un servicio vergonzoso: una delación y un espionaje.

El alma de Loredano, á pesar de su caída, era todavía bastante noble para no acordarse de ello; así es que aun cuando se servía del coronel, empleándolo como agente de la policía ó como tercero en sus intrigas amorosas, en el fondo de su corazón lo despreciaba soberanamente.

En tanto que sus servicios le habían sido necesarios, había disimulado este desprecio, aun á sus propios ojos, bajo la forma de un desden frívolo y elegante.

Pero ahora que Fritz no podía serle ya útil, en vano trataba de negar la invencible repugnancia que le causaba semejante personaje.

Esta repugnancia era quizás más fuerte de lo que el

mismo Loredano se lo imaginaba; tal vez en ese sentimiento de repulsión instintiva que se esforzaba en reprimir al ver á Fritz, había tanto amor por lo que le había hecho perder, como desprecio por la clase de servicios que le había hecho.

Quizás, se decía él en el interior de su conciencia, cuya voz había tratado de sofocar en vano, que por culpable que hubiera sido ella — de lo que por desgracia, después de su propia confesión y de su fuga, ya no le quedaba duda alguna, — Hortensia era todavía para él una amiga más fiel, más segura y más noble que el coronel Fritz.

¡Ah! si ese maldito coronel no le hubiese dicho nada... si no le hubiese presentado las pruebas irrecusables que le obligaban á no poder cerrar los ojos y á tener que obrar con arreglo á ellas! Si no se hubiese visto forzado á sacrificar su tranquilidad doméstica á su dignidad comprometida á los ojos de un tercero, Loredano hubiese podido quizá encontrar algún resto de felicidad para sí.

Cierto que él habría tenido abierta siempre en su corazón la profunda herida de su duda; pero como Hortensia no era un alma vulgar, se habría esforzado con la mayor abnegación en curar aquella herida que ella misma había causado, y entonces él, así como otros muchos, se habría al fin llegado á adormecer en una tranquilidad engañosa.

Y ¿qué importa que sea engañosa la tranquilidad en que se adormece el alma?

¿Quién sabe? Cipriana hubiese venido á él; Cipriana, que se creía realmente ser la hija del conde, lo habría tratado como á su verdadero padre.

¡Oh! cuán dulce y tierno es ese afecto de una niña de diez y seis años que viene todas las mañanas á arrojarse en vuestros brazos y deposita sobre vuestros labios uno de esos besos que no son engañosos ni interesados!

¡El beso de una hija!

Pero ni aun le queda este dulce consuelo: porque ese afecto, el único que hubiese podido tener en sus ancianos días, él mismo lo ha destrozado, así como los otros.

Y lo había perdido, destrozado, por culpa del coronel Fritz.

¡Oh! cierto que la pobre y querida niña le amaba todavía. Él lo conocía bien, leyendo en el fondo de sus ojos entristecidos, cuyas lágrimas enjugaba para ocultarle su pena.

Pero aun en este mismo afecto había una reconvencción perpétua: era como el quejido del perro á quien su dueño castiga, y que mirándole con aire resignado parece querer decirle:

— ¿Por qué me maltratas tú á mí, que te amo?

Y en vano el conde, para hacer revivir su cólera, se repetía:

— ¿Qué me importa? no es mi hija, no la conozco; me vengo sobre ella por la traición de su madre, del odioso recuerdo de mi rival...

Mas, á pesar suyo, cada vez que sus ojos tristes volvían á mirar á Cipriana, su corazón se oprimía angustiado y exclamaba en sí mismo:

— ¡Ah! ¡desgraciado! ¿qué es lo que haces? ¿vendes á esa criatura que te habria amado!

¡Y si á lo menos le fuera provechoso el precio de esta venta! pero el dinero de este trato infame le era tan inútil como lo fué á Judas el que obtuvo para vender á Jesús.

Los treinta dineros, bien sea que estén manchados de lodo ó de sangre, no han servido nunca mas que para causar los terribles remordimientos de los villanos.

Él habia creído que semejante dinero le procuraria todas las compensaciones de su felicidad perdida: la embriaguez del poder; aquellas mañanas en que siente uno doblegarse ante sí, como débiles cañas, las voluntades y las conciencias humanas; aquellas noches en que se disfruta, hasta la saciedad, de todos los demas goces imaginables.

Y ahora no experimentaba la menor sensación, ninguna de esas ilusiones que producen y hacen nacer las esperanzas concebidas de obtener satisfacciones ardientemente deseadas.

Ya no tiene resortes en su alma, ni virilidad en su espíritu, ni en su cuerpo energía; nada, todo se ha acabado en él con la desaparición de Nini Moustache.

Cuando el nombre de Nini Moustache, nombre tan querido y aborrecido al mismo tiempo, le venía á la memoria, entonces era cuando descargaba todo su odio sobre el coronel Fritz.

¿Quién habia arrojado en sus brazos á ese vampiro que así chupaba el oro como corrompía la conciencia?

¿Quién lo habia empujado, excitado á contraer aquella relación, frívola en un principio, sincera despues y apasionada por último, sino el coronel Fritz?

¡Siempre el coronel Fritz!

Loredano lo encontraba como á su mal genio al principio de todas sus tristezas, de sus remordimientos, de todas sus desesperaciones.

¡Ah! el hecho quizás es vergonzoso confesarlo; pero preciso es conocer aquí completamente todos los secretos de aquella alma turbada.

Loredano queria menos mal al coronel tal vez por haber

sido la causa de haber truncado su vida, extinguido su ambición, destruido su fortuna, sacrificado á Cipriana, que por la traición de Nini Moustache.

No se aventura impunemente un alma tierna á beber en la copa de los amores fáciles.

Lo que para almas menos delicadas no es sino un motivo de risa ó de fastidio, disipado bien pronto por medio de consuelos de igual género, se hace para aquellas un motivo de desesperación continuamente renovada á cada nueva tentación.

Y ¿cuál es el alimento mas enérgico de la pasión, sino la desesperación?

Y desde los primeros momentos, esta se habia apoderado por completo de Loredano.

El afecto de Nini era, en su naufragio, la última tabla de salvación á que se hubiese agarrado, la última rama que le hubiese podido sostener al borde del torrente, cuya vertiginosa corriente le arrastraba.

Rota esta rama, se sentía perdido.

Y semejante á aquellos dementes que se empeñan con frenesí en buscar la resolución de un problema insoluble, volvía sin cesar á ocuparse de una idea estéril.

— ¡Si á lo menos ella me hubiese amado! se decía.

¡Nini Moustache amar!

Era una criatura ruin y vil, esto ya lo sabia, convicción que habia sido el motivo de sus primeros dolores.

Pero, á pesar de ello, se habia ido acostumbrando poco á poco á su indignidad, así como esos pescados de agua dulce que se impregnan poco á poco del fango en que se les arroja.

Pero ¿encontrarla ingrata?

Mujer honrada, capaz de profesar un amor honrado, eso nunca habia llevado él su ilusión hasta creerlo.

Pero verse obligado á tener que confesar un día que ni aun tenia siquiera la probidad relativa del ladrón...

Y, desilusionado de todo, contemplando en melancólico silencio los restos de su corazón destrozado, de su inteligencia, de su fortuna, de su dignidad, se dejaba arrastrar él mismo por ese río terrible sin la menor resistencia, que, corriendo impetuosamente, se llevaba al mismo tiempo los últimos elementos de lo que habia constituido su dicha y su honor.

Por mañana y tarde no hacia mas que pasearse á lo largo de los salones de aquel palacio que habia sido su casa y que dentro de ocho días, al siguiente quizás, dejaria de serlo.

Ni aun pensaba en lo que sería de él cuando el comisario encargado de la venta de sus bienes hubiese dejado caer su martillo sobre aquellos suntuosos muebles, y que no le quedase ya mas que el conocimiento de su indignidad y de su ruina.

¿Qué importaba lo que le sucediese? Siempre le quedaria una pistola y un cartucho en el caso de que pudiese encontrar, en un raptó de energía, el valor negativo del suicidio...

Y como si hubiesen adivinado la inmensidad de aquella ruina moral y material, los criados mismos evitaban el tener que encontrarse con él, y hasta Cipriana habia renunciado á consolar aquel corazón inconsolable.

En cuanto al coronel Fritz, espantado tambien del resultado de su obra, ni aun se atrevía á mirarle.

Por otra parte, tambien él adivinaba y participaba del mismo odio sordo de Loredano, y en medio del desprecio que le inspiraba aquel ser débil que habia sido juguete suyo durante tantos años, le tenia miedo.

Una mañana, en el momento en que, encerrado segun su costumbre, en su cuarto, como un animal salvaje en su cueva, se hallaba pensando en el mismo tema perpétuo é invariable que embargaba sus dias durante largas horas y le causaba interminables insomnios por las noches; uno de sus criados, ó mas osado ó mas confiado que los otros en el buen éxito de su mensaje, se atrevió á quebrantar la consigna, abriendo la puerta cerrada á todo el mundo.

Traía un paquete bastante voluminoso y una carta.

El conde se hallaba entonces en un momento de atonía, y no se incomodó.

Tomó el paquete con una mano distraída y lo arrojó á un lado de la mesa.

La carta iba sin duda á seguir el mismo camino, cuando los ojos de Loredano se fijaron en el sobrescrito.

Se estremeció y rompió la cubierta.

Habia conocido la letra de Nini Moustache...

La carta tenia cuatro páginas escritas con una letra menuda y muy metida.

El conde la recorrió con una rápida mirada; despues, volviendo á empezar por la primera página, leyó la carta renglon por renglon, palabra por palabra, por decir así, para no perder sin saborearla una sola gota del perfume delicioso que le embalsamaba el corazón.

« Señor conde, escribia Nini Moustache, sé el trastorno fatal que os ha causado mi partida y no me enorgullezco de ello.

» Si me fuese posible el consolaros, aun á costa de mi vida, os juro que no vacilaria en hacerlo un solo instante.

» Hace algunos dias, solamente, que mis ojos se han abierto enteramente, y ahora conozco que muchas cosas de las que antes me he reído son, en definitiva, las cosas mas graves y mas dolorosas de la vida.

Por eso, estando como estoy decidida á no volver á veros, os escribo para gritaros desde el fondo de mi soledad y mi tristeza:

» Os he hecho mucho mal, Loredano, perdonadme...

» Perdonadme, porque yo estaba extraviada, pero no era mala; porque haciéndoos padecer, yo misma padecía; porque del infierno que creaba á vuestro alrededor, yo he tomado la mitad; porque hoy, en fin, un corazón inconsolable es el que viene á confesar su tormento á un corazón no consolado.

» ¡Ay! amigo mio, ¿por qué nos hemos conocido?...

» ¿Por qué ha hecho de mí la fatalidad el instrumento de vuestro desastre?

» ¿Por qué me habeis preferido á mí, indigna de esta preferencia, á la santa que hubiese hecho dichosa vuestra vida, hubiese tranquilizado vuestro espíritu y ennoblecido vuestro corazón como el de ella misma?

» Nuestra historia de los dos es bien triste, aunque bien vulgar, mi pobre Loredano; arrebatos sin amor, pasión sin ternura, embriaguez sin medida, cosas todas que hubiese debido rechazar un alma delicada como la vuestra; pasión arrebatada que tenia que venir á parar en fin en un inevitable hastío.

» ¡Ah! hénos aquí á los dos muertos, incapaces de un afecto nuevo y sin que nos quede ni aun el consuelo de un recuerdo ó de una pena.

» Entre tantos dias y tan innumerables veces como nos hemos repetido y jurado mutuamente que nos amábamos, no hay uno solo quizás, ni tal vez una hora, ni un minuto, en que nos hayamos amado sinceramente.

» No hay una caricia en la que no se haya atravesado entre nuestros labios, por vuestra parte, el desprecio; por la mia, la vergüenza.

» ¡Ah! la vergüenza y el desprecio, sentimiento de repulsión que nadie puede vencer, obstáculo renaciente á cada momento, que hace imposible todo amor sincero entre un hombre honrado y las mujeres de nuestra especie.

» Sentimiento que experimenta hasta la mas envilecida de entre nosotras, sin que se aperciba quizás de ello; sentimiento que, en definitiva, es un homenaje al bien, del que apenas tiene una ya una vaga noción.

» Así, cuando llega á tropezar en su carrera con un afecto sencillo y profundo, se apresura á salvarlo, destrozándolo, porque este afecto, de que se siente indigna, la aflige y la humilla.

» Lo que nosotras necesitamos es el aturdimiento, el arrebato, la vehemencia.

» En cuanto al verdadero amor, este no es posible sin una igualdad completa.

» No pudiendo elevarnos hasta la altura del corazón de un hombre honrado, es menester que aquel que nos ame y quiera ser amado se envilezca.

» Entonces lo amamos quizás, pero, á nuestra vez, tambien lo despreciamos.

» ¡Siempre el desprecio domina!

» Si vos me hubieseis amado como los demas, es decir, por capricho ó por vanidad, como se quiere á un perro bonito ó á un hermoso caballo, sin duda yo habria continuado siendo lo que era cuando me conocisteis.

Yo os habria arruinado probablemente, pero á lo menos ni el uno ni el otro nos habriamos atormentado mutuamente.

» Pero, ¡oh imprudente! vos me habeis iniciado en las delicadezas y en la abnegación de un amor verdadero, y entonces he tenido que medir con ojos aterrorizados á la par

que humillados la incommensurable distancia que nos separaba.

» He sentido renacer en mí un ser nuevo; y según y conforme me ibais haciendo mejor, mas seguramente me ibais perdiendo.

» Así pues, hoy es el día en que os amo como lo merecéis, y el día en que por lo mismo os dejo.

» Sí, Loredano, hoy puedo deciroslo; hoy que ya no volveréis á verme y que no temo ya ninguna debilidad por vuestra parte ni por la mía; sí, hoy puedo deciros que os amo.

» Os amo por el dolor de que me habeis hecho capaz de experimentar, dolor noble que me rehabilita á mis propios ojos.

» Os amo, porque, consumado el sacrificio de nuestra separación, me siento mejor y casi digna de vos.

» Y ahora escuchadme, amigo mío. Ya no volveréis á oír hablar mas de mí. Consideradme como una muerta querida; sí, ¡bien querida! que desde el fondo de su tumba piensa en vos y os ama.

» Considerad esta carta, que os envío con toda la confianza de mi corazón, como un testamento sagrado, y juradme que cumplireis todas sus cláusulas.

» Vuestra generosidad me ha hecho rica, pero esas riquezas me abrasan las manos.

» Por otra parte, los muertos no tienen necesidad de diamantes, ¿no es verdad? Pues bien, esas joyas y demas dádivas vuestras, reducidas á valores positivos con esta intención, os las devuelvo, rogándoos de rodillas que las aceptéis.

» Además, instituyéndoos por mí heredero y devolviéndoos todo lo que tengo, debido únicamente á vuestra generosidad, vengo á pedir al mismo tiempo el mayor favor que un hombre pueda hacerme, favor que me será doblemente apreciado viniendo de vos.

» Tengo una hermana, una pobre niña que ocupa la mitad de mi corazón que no es vuestra. Yo no quiero ni debo dejarle una riqueza impura al caer de mis manos, y que se purificará pasando por las vuestras.

» ¡Loredano, os lego á mi hermana!

» Hacedla casta y buena, y amadla como ella os amará, según estoy segura de ello, porque será á vos á quien ella deberá todo, puesto que yo deseo que ignore hasta mi existencia.

» Es una niña todavía: el vicio no ha empañado ni aun de lejos su alma pura; es mi virtud, mi candor.

» Hasta este día, su infancia ha estado confiada á una buena mujer llamada madama Gosse, que habita en la calle de Rambuteau, n.º

» Mi hermana se llama Liliás.

» ¡Oh! la amareis, ¿no es verdad, Loredano? la amareis en memoria de aquella que hasta la muerte bendecirá vuestro nombre.

» Os he robado todo, amigo mío, excepto vuestro honor, que no estaba en mi poder el atacar; pero hoy tengo la

convicción de devolveros vuestra dicha enviándoos este ángel á vuestro hogar.

» Ya llegará un día en que sepais...; pero no, mejor es que lo ignoreis siempre... ¡Oh! si supieseis, amigo mío, cuán dichosa soy en este momento y qué fé nueva me penetra el corazón! ¡si supieseis cuán resignada estoy y cuán fuerte me siento!... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡qué dulce es el cumplir con su deber!

» CELINA. »

La carta concluía aquí, y el conde la leyó por entero tres veces de seguida.

Él también se sentía fuerte y resignado con la expresión de aquel amor honrado y sincero. Ninguna preocupación egoísta se mezclaba en esta alegría.

Ya no volvería á ver á Celina, eso lo tenía por seguro, pero no importa; ¿qué necesidad tenía de volver á verla, ahora que tenía la certeza de no haberse engañado respecto al concepto que había formado de ella y que le daba una prueba tan evidente de que era digna de él?

¡Oh! sí, ciertamente que cumpliría con el último deseo de Celina; sí, Liliás hallaría cerca de él un abrigo y una familia.

Pobre niña querida. Ya le parecía que la estaba estrechando contra su corazón y que ella le decía: — ¡Papá mío!

Y transfigurado, radiante, rejuvenecido de diez años, se paseaba á grandes pasos por aquel mismo cuarto en donde se hallaba pocos momentos antes silencioso y triste.

Después volvía á tomar aquella bienaventurada carta, volvía á leer una página, un período, una frase, una palabra, y la besaba, y la dejaba para volver á tomarla en seguida.

Durante este frenesí, entró el coronel Fritz, y Loredano le estrechó la mano con la mayor violencia y efusión.

Ya no tenía odio: se sentía feliz.

Luego, sin responder á las preguntas de su amigo, pasmado de un cambio semejante, tan repentino, llamó con una fuerza capaz de hacer pedazos los timbres y campanillas.

— El coche... pronto... en seguida.

En el vestíbulo encontró á Cipriana, á quien habían advertido de aquella transformación tan repentina, y la estrechó entre sus brazos con una ternura de que le creía incapaz.

Y desflorando la mejilla de la joven con sus labios, le dijo despacito:

— ¿No estarás celosa, Cipriana mía, si te doy una hermana?

— ¡Una hermana!... preguntó Cipriana admirada.

— Sí, le respondió el conde misteriosamente; pero no se lo digas á nadie todavía. Se llama Liliás, bonito nombre, ¿no es verdad?

El criado anunció que el coche estaba dispuesto, y el conde se escurrió de entre los brazos de Cipriana, que trataba de detenerle.

— No me detengas, la dijo, que la voy á buscar.

Y mientras bajaba la escalera, iba repitiendo por lo bajo y como si entonase una canción aquel nombre perfumado como el nombre de una flor, y diciendo:

— ¡Liliás! ¡Liliás!

En cuanto á Cipriana, instruida por las confidencias de su madre, el anuncio de la venida de Liliás y la alegría de su padre le parecían un milagro.

Un milagro del que solo podía dar gracias á sus protectores, cuyo prodigioso poder sabía allanar todos los obstáculos.

Y estos protectores eran sus amigos desconocidos.

II

LOS MISTERIOS DE LA CASA GOSSE.

Las comadres no dormían ya.

En la casa de la calle de Rambuteau habían pasado cosas extrañas, inauditas, nunca vistas.

En primer lugar, la desaparición simultánea de Ursula y de la Pippione; desapariciones que no habían sorprendido, al parecer, á los principales interesados en ellas, como eran los esposos Gosse y el signor Chinela.

En segundo lugar, la transformación singular que se había advertido en los mismos esposos Gosse.

De la noche á la mañana, el «lobito querido» se había vuelto un «monstruo horrible.» Si la «Bebella adorada» continuaba siendo todavía la «adorada Bebella», se notaba, sin embargo, en el tono con que M. Gosse pronunciaba estas dos palabras sacramentales, cierto acento de acritud y amargura.

El buen hombre se mostraba de una sumisión ciega, pero se echaba de ver que en el fondo de esta aparente sumisión, había así como una rebeldía secreta.

Se hubiera dicho que se asemejaba á esos animales domesticados, á un gatito que mimado siempre por su ama trata de hacerse perdonar alguna picardiguera, por medio de sus zalamerías y monadas, pero que no olvida la severidad con que le han tratado.

Así, en otro tiempo, el buen Gosse iba, venía, entraba, salía, subía, bajaba con la regularidad y exactitud automática del reloj de San Eustaquio; y hacía ya algunos días que esta regularidad no existía.

Algunas veces el «lobo querido» volvía á su jaula dos horas mas tarde de lo acostumbrado, y en un estado alarmante respecto á su equilibrio personal.

Otras veces estaba cerrada, durante todo el día, su cobachita de memorialista.

No podía menos ya de conocerse y confesar que el buen Gosse se desarreglaba. La luna de miel de la «Bebella adorada» se había cubierto de nubes en el espacio de ocho días, después de haber estado brillando con luz pura y tranquila durante ocho largos años en el cielo del lecho conyugal.

Además, y esto era un hecho todavía mas extraordinario, se había sorprendido varias veces á M. Gosse en lugares sospechosos, en la esquina de una calle oscura, en el rincón mas oculto de un café, en algún coche simon rodando á mas y mejor, ó en conciliábulo íntimo con algún personaje misterioso.

Y este personaje no era otro sino aquel mismo que las caritativas vecinas, en su benevolencia, habían atribuido como protector ilegítimo de la «adorada Bebella.»

El hombre del paletó color castaño.

Pero es preciso advertir, además, que desde que se había establecido esta relación imprevista entre el hombre del paletó castaño y M. Gosse, aquel no había vuelto á dejarse ver en la casa de la calle de Rambuteau, es decir, que el engañador no se había presentado mas en casa del engañado.

Se había concluido, pues, y roto toda relación íntima entre él y la «Bebella adorada.»

Pero á pesar de eso, á madama Gosse no le faltaban visitas, al contrario.

En primer lugar, era José Rozel, el obrero buen mozo que habitaba en el quinto piso, al cual se había visto entrar á hurtadillas muchas veces en casa de madama Gosse, cuando no estaba su marido: lo que daba lugar á nuevas murmuraciones.

¡Diantre! ¡José era tan gallardo mozo y no era rico, al paso que Bebella tenía el *cum quibus!*

No faltaban algunas que tenían envidia de José por haber hecho tal conocimiento.

Las mujeres, al envidiar la buena fortuna de madama Gosse y haciendo alusión á su marido:

— ¡Tanto peor para él; bien empleado le está! exclamaban.

Pero es el caso que José no era el solo que viniese á visitar á la mujer del memorialista, en ausencia del «horrible monstruo.»

Así, por dos veces se había visto entrar á dos mujeres vestidas de luto y muy cuidadosamente cubiertas con sus velos.

Solamente que los velos mas tupidos y oscuros para un ojo masculino, son muy claros para la vista de una mujer, y las vecinas habían visto lo que aquellos velos ocultaban.

La una de las mujeres, bella todavía, podría tener sobre unos cuarenta años.

La otra era extraordinariamente hermosa, y estaba en la deslumbradora frescura de la juventud.

Las dos habían venido, primero separadas, y después juntas, y aquel día el gallardo José había bajado de su boharcilla al cuarto de madama Gosse.